Propiedad
de
Jesus

MARUJA

MARUJA

COMEDIA EN UN ACTO

escrita por

DON LUIS OLONA

Representada con grande aplauso en el teatro del CIRCO (plaza del Rey) la noche del 4 de Marzo de 1842, y posteriormente en los principales de España y Ultramar.

OCTAVA EDICIÓN

MADRID: 1889.
IMPRENTA DE M. P. MONTOYA
San Cipriano, 1.

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
Maruja.....	Doña J. Rizo.
Elisa.....	Doña J. García.
El Conde.....	Don F. Ayta.
Colás.....	Don V. Caltañazor.
El Barón del Olivo...	Don J. Aznar.
Don Félix.....	Don E. López.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia

Esta obra es propiedad de la Biblioteca Dramática, *y nadie, sin su permiso, podrá ponerla en escena.*

Los representantes de la Biblioteca lírico dramática *de D. Enrique Arregui son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, del cobro de los derechos de propiedad y de la venta de ejemplares.*

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

La escena es en Madrid en casa del Conde.—El teatro representa una sala bien amueblada: dos puertas laterales; una al fondo. A la izquierda la puerta del cuarto de Maruja Un espejo de cuerpo entero á la derecha, un sofá, sillones.

ESCENA PRIMERA.

El Conde.—Don Félix.

Conde. Cómo, querido Félix, tú en Madrid y hasta ahora no has venido á ver á tu antiguo camarada de colegio?

Fel. Es que hasta ahora no he hecho otra cosa que descansar de la fatiga del viaje. Solo hace veinticuatro horas que estoy en Madrid.

Conde. Nada más?

Fel. Y dentro de pocos días salgo de nuevo para reunirme en Sevilla á mi regimiento.

Conde. A tu regimiento? Verdad, ya olvidaba que... A propósito. Tendrás mucho que contarme, eh? Dos años de ausencia y la vida de guarnición, que es tan fecunda en aventuras...

Fel. Sí, demasiado; porque, Conde, aquí donde me ves, soy el más infelíz de todos los hombres.

724869

CONDE. Pobre Félix! Dí, te ves acaso perseguido de acreedores?

FEL. Bah! eso no me ha quitado nunca el sueño.

CONDE. Ah! vamos; alguna pasión desgraciada...

FEL. Precisamente.

CONDE. Por supuesto, se trata de una joven encantadora...

FEL. Sí; una joven encantadora, á quien yo idolatraba, de quien era amado también, y cuya mano iba á solicitar... cuando una orden de mi coronel me obligó á volver á mis banderas. Partí, amigo mío, y aún no habían transcurrido seis meses, cuando recibí esta carta. Desde que llegó á mis manos la llevo siempre conmigo, y la leo todos los días.

CONDE. Como la ordenanza!

FEL. Poco menos. Escucha. Es todo lo que me resta de la mujer á quien dediqué mi cariño.

CONDE. Lee.

FEL. Oye y verás. «Cuando usted vuelva, don Félix, estaré casada.» Qué buena noticia, eh?

CONDE. Adelante.

FEL. «Mi familia así lo ha dispuesto.» Has visto iniquidad semejante?

CONDE Prosigue, hombre. Luego haremos los comentarios.

FEL. Es verdad. Continúo. «Me veo obligada á unirme á un hombre á quien no amo, á quien nunca podré amar, pero al cual voy á pertenecer por un vínculo sagrado. Adiós.» Este adiós es horri...

CONDE. Acabarás?

FEL. «Adiós, olvide usted nuestros sueños de felicidad, y no intente usted siquiera volver á ver la desgraciada... Elisa.» (Se queda triste y pensativo.)

CONDE. Vaya, hombre, no te aflijas; sigue.

FEL. Ya no hay más.

CONDE. Y á tu vuelta?

FEL. A mi vuelta, Elisa había partido en compañía de una tía suya, y apesar de todas mis investi-

gaciones y pesquisas, no he podido averiguar su paradero.

CONDE. Ah! querido Félix!

FEL. Te inspiro compasión?

CONDE. Ah! querido Félix .. qué dichoso eres!

FEL. Calla! A eso llamas tú ser dichoso?

CONDE. Si tú supieras lo que es el matrimonio!

FEL. Eh? Vas á predicarme contra él?

CONDE. Yo también, Félix amigo, yo también me sentí apasionado locamente de una joven, cuya belleza me inspiró la pasión más viva, pero yo no tuve la dicha de perder á mi objeto amado y... y me casé con ella!

FEL. Te has casado?

CONDE. Ay! sí.

FEL. Díme, esos ayes quieren decir que te quejas del comportamiento de tu mujer?

CONDE. De su comporta?... Oh! no. Pero... pero sí de su persona, de sus maneras descuidadas y comunes, de sus expresiones triviales, que la ponen en ridículo en todas partes á donde va.

FEL. Vamos! Entiendo. Has hecho lo que se llama una boda desproporcionada.

CONDE. Sí, chico. Todo lo más desproporcionada que tú puedes imaginarte. Ya conoces mi carácter original, mis antiguas preocupaciones contra nuestras costumbres cortesanas. Me habían engañado tantas veces en Madrid, y me habían al mismo tiempo elogiado tanto la inocencia de las aldeas, que yo no soñaba otra cosa, que los placeres de una existencia campestre y pacífica. No ignoraba yo al casarme, que mi novia no tenía ninguna instrucción; algunas veces la amonestaba por la excesiva ingenuidad de su carácter, conocía en fin todos sus defectos, pero cuanto más me quejaba de ellos más se despertaba mi orgullo y más dicha experimentaba al decirme á mí mismo: Esta joven me lo deberá todo, su educación, su fortuna, su porvenir. Ay! Vana ilusión! Los hábitos de la aldea han triunfado de mis esfuerzos, de mi perseverancia! Nada he podido contra ellos!

FEL. Qué diantre! Y á dónde fuiste á buscar semejante esposa?

CONDE. La conocí también de una manera algo romántica En una cacería fuí herido por una torpeza inesperada, y me condujeron á la casa de un honrado labrador, cuya hija tuvo por mí las más tiernas, las más delicadas atenciones. En fin, no sé cómo explicarte... El reconocimiento engendró la amistad, de la amistad nació el amor... y tres meses después de mi convalecencia, yo, tu amigo, el conde de Almagro, era esposo de una aldeana.

FEL. Pero, y tu familia...

CONDE. Mi familia puso el grito en el cielo, como puedes figurarte. Sobre todo, mi tío, el barón del Olivo, que es el enemigo más encarnizado de los matrimonios desiguales, y que no cesa de elogiar las ventajas de un ilustre nacimiento y los inmensos beneficios de una educación esmerada. Ay! Bien me predijo el buen señor cuanto me está sucediendo.

FEL. Vaya, no desesperes todavía, hombre. Con un poco de paciencia, tú lograrás..

CONDE. Qué he de lograr? Yo he hecho todo lo que ha sido humanamente posible hacer. He dado á mi esposa maestros de gramática, de baile, de música... Nada. Al contrario, creo que esto la ha puesto aún más ridícula. Para probarte, en fin, hasta dónde lleva el olvido de todas las buenas formas.. Creerás que no quiere que la llamen más que Maruja?

FEL. Maruja?

CONDE. Sí, estremécete; Maruja! Y todo, porque dice que así se llamó su madre, su abuela, y que no cambiaría una letra de este nombre por nada del mundo. Concibes tú lo lisonjero que será para mí oir llamar á mi mujer la condesa Maruja? Vamos, cuando te digo que es para volverse loco...

FEL. Pero, hombre, no lo tomes así. Qué remedio tiene eso ya? Revístete de perseverancia, y..

quién sabe si no acabarás por hacer de tu esposa una mujer fina, elegante.

CONDE. No: ya no hay la menor esperanza. (Se oye reir dentro á María.) Eh! qué tal!

FEL. Qué?

CONDE. Es ella! No la oyes reir con toda la fuerza de sus pulmones? Ahí viene! Ya verás lo que es bueno.

ESCENA II.

DICHOS.—MARIA.

MAR. A la Habana me voy (Cantando..) te lo vengo á disi... Carlos, canta conmigo.

CONDE. María!

MAR. Qué?

CONDE. Repara que hay una persona de fuera...

MAR. Ah! No hay de qué, caballero usted perdone... Tenga usted buenos días.

FEL. Señora, tengo el honor...

MAR. El honor es mio Me alegraré que lo pase usted sin novedad en compañía...

CONDE. (Chis! Basta, basta por Dios!) (A Félix.) Ten la bondad de no dirigirla más cumplidos, porque esto va á ser horroroso!

FEL. Pero permíteme al menos...

CONDE. (Dios me valga!) Esposa mía...

MAR. (Distraida cantando.) A la Habana me voy...

CONDE. (A Félix que se sonríe.) No ves eso? Esposa mía...

MAR. (Cantando.) Te lo vengo á di...

CONDE. (Con despecho.) Voto á...

MAR. (Asustada.) Ay! (Grita.)

CONDE. (A María.) Escucha por las once mil vírgenes!

MAR. Pues tienes más que hablar?

CONDE. Esposa mía, te presento á don Félix de Herrera, mi amigo de colegio.

MAR. Hola! han estado ustedes juntos en la escuela?

FEL. (Bravo!)

CONDE. Hace dos años que no nos veíamos, y ya comprendes con cuánto placer le habré hoy recibido.

MAR. Ya lo creo! El mismo que yo tendría si volviese á ver mi pueblo, mis gallinas y mi primo Colás.

CONDE. (Anda, ya salieron á relucir las gallinas y el zopenco del primo!)

MAR. El señor es coracero?

CONDE. (Coracero!)

FEL. No señora, sirvo en infantería.

MAR. Tampoco es mala la infantería; pero los coraceros son mejores.

FEL. Parece que la condesa estima mucho aquel regimiento.

MAR. Ahí no es nada! Cuando pasaba por mi pueblo me lo comía con los ojos!

CONDE. Bien, sí; doblemos la hoja. (Callarás? No dices más que extravagancias.)

MAR. Toma! De algo tenemos que hablar! Vaya!

CONDE. (Aparte á Félix.) Ya lo ves! Ya ves que no te había exagerado el retrato!

FEL. (Idem al Conde.) Sí; pero con todo, esa franca alegría, esa gracia natural .. Chico, á mí me deleita.

CONDE. Eres bien tolerante.

MAR. A la Habana...

CONDE. Condesa!

MAR. (Uf! Me pudre con sus miramientos!)

CONDE. Querido Félix, espero que nos harás el favor de venir á comer hoy con nosotros.

MAR. Sí, sí. Justamente he hecho una fuente de natillas.

CONDE. (Misericordia, señor!)

FEL. Acepto con sumo gusto. Pero ántes les ruego me permitan los deje por algunos momentos. Me esperan en la Inspección...

CONDE. Sí, libertad completa.

FEL. Entonces... hasta luego, eh?

CONDE. Te esperamos.

FEL. Descuida. Dentro de un cuarto de hora estoy de vuelta. Adiós.

CONDE. Adiós.

FEL. Condesa...

MAR. Hasta la vista. Vaya usted enhorabuena .. Me alegraré mucho de... (Lo va acompañado hasta la puerta del fondo. El Conde la coge de la mano y la trae al proscenio.)

ESCENA III.

EL CONDE.—MARÍA

CONDE. Pero á dónde vas? Qué haces?

MAR Toma! Saludar á tu amigo. También esto es feo?

CONDE. María! María, ahora que estamos solos, permíteme que te diga que te conduces de una manera horrible.

MAR. Yo? Dios mío! Pues qué es lo que he hecho? (Con candor.)

CONDE. Lo que has hecho? Vamos á ver, qué necesidad tenías de decirnos que te gustaban los coraceceros? Crees tú que esto es conveniente en presencia de un extraño? Qué necesidad teníamos también de saber que sentías estar ausente de tus gallinas y de tu primo Colás? De tu primo Colás! Un rústico, un imbécil! Es posible que te acuerdes de semejante hombre?

MAR. Y por qué no? Colás es un buen muchacho, y si el pobre no ha inventado la pólvora, no es por culpa suya. Dios le ha hecho así... y por último, es mi primo, y me parece que bien puede una amar á su primo sin ofender á nadie.

CONDE. Sí, bien sé yo que tú no causas con eso mal alguno, que tus intenciones son tan puras como tu corazón; pero... pero el mundo, querida mía, no toma nunca en cuenta nuestros pensamientos; el mundo no nos juzga sino por nuestras acciones y palabras, y... precisamente tus palabras son las reprensibles. Sin ir más lejos, esta misma mañana, delante de mi administrador, no te dió la deplorable idea de decir á la cocinera que hiciera para hoy una compuerta de membrillo?

MAR. Y qué! Porque no se lo había de decir.

CONDE. Porque, hija, no se dice compuerta; sino compota.

MAR. Compo... compo... Toma, compuerta ó compota allá se van. A que la cocinera me ha entendido.

CONDE. Dale! Si no se trata de eso, sino que es preciso dar á las cosas el nombre que tienen.

MAR. Cualquiera padece una distrucción.

CONDE. Distracción, mujer. Mujer, ten cuidado.

MAR. Ya tengo cudiado.

CONDE. Cuidado (Ay! yo sudo!)

MAR. Jesús, y qué tormento! Yo no sé por qué no la han de dejar á una hablar á su manera...

CONDE. Porque tu manera no cuadra á ninguna mujer de condición.

MAR. Y soy yo acaso mujer de condición?

CONDE. María!

MAR. Toma! Por qué no ha de decirse la verdad? Yo he nacido en una aldea, he crecido en los campos, y siempre me acordaré con alegría de aquellos tiempos. Sí, entonces, es verdad, no vestía sedas ni todos estos arrumacos, pero cuando llegaba la primavera, me adornaba con sus primeras flores, que me iban á las mil maravillas. Al pasar por la plaza los mozos del lugar me miraban, me echaban sus requiebros, y á pesar de mi saya de lana, todos sabían que mi corazón era bueno, y á todos les parecía bella y graciosa. Sólo en la corte me encuentran redícula por más que me adorno y me compongo... Ay! Más valía que me hubieses dejado con mis gallinas, mi perro y mi primo Colás.

CONDE. Otra vez?

MAR. No quieres tampoco que lamente la paz y los dulces placeres de mi aldea?

CONDE. Sí, mujer, si todo esto será muy justo, muy bueno... Pero la condesa de Almagro no es ya Maruja la aldeana, y está en el deber de tomar el lenguaje y maneras que á su rango pertenecen, y... de salir, en fin, de una ignorancia que la expone á hacer ruborizar á las personas que la rodean.

MAR. Ruborizar? Tanto peor para ellas. Yo hablo como puedo, como sé y. . y por último, todo esto va acabando por fastidiarme, y te declaro que desde hoy voy á enviar á paseo á mi maestro de gramática, con sus pasivos y sus ojeativos; y á mi maestro de música, con sus corcheteas: y á

mi maestro de baile con sus malditas cabriolas, que me fastidian y me lastiman los pies.

CONDE. María! María!

MAR. Yo no me llamo María, yo me llamo Maruja!

CONDE. Maruja!

MAR. Sí, Maruja! Mi abuela se llamaba Maruja, mi madre Maruja, nosotras somos todas Marujas de madres á hijas, y Maruja me he de llamar, aunque salga el sol por Antequera!

CONDE. Pero el mundo!... La sociedad!

MAR. Yo no quiero sociedad con nadie!

CONDE. Escúchame.

MAR. Yo me río del mundo.

CONDE. Oye.

MAR. Yo soy como Dios me ha hecho, y...

CONDE. Me oyes, ó no?

MAR. Y así me moriré.

CONDE. Eh! No hay forma de hacerse oir! Esto es un tormento inexplicable! (Vase.)

ESCENA IV.

MARIA, sola.

Ay! Al fin me deja en paz! Vamos á ver. Sean ustedes francos. Aquí todo lo que hago es inconveniente, ridículo; dentro de poco no voy á poder despegar mis labios. Tengo yo la culpa? No dejo que todo el mundo me instruya? Pues es tontería. Cuando no sale de aquí (Señalando su frente.) naturalmente... Y luego no quieren que eche de menos mi pueblo! Yo era allí mucho más dichosa con Colás. Para él siempre hablaba en muy buen castellano; y cuando disputábamos, yo le sacudía un mojicón, y él me daba un pellizco, y quedábamos tan convencidos el uno y el otro!... Lo mismo que la danza! Acaso necesitaba yo allí maestro para bailar los domingos? Pocos brincos que daba yo al son de la guitarra que tocaba el sobrino del boticario. Y cómo punteaba aquel hombre, válgame Dios! Está visto, si no fuera porque mi marido y yo

nos queremos mucho, la vida que paso sería insoportable. Ee? Creo que viene gente. Alguna visita. Hum, me estomagan.

ESCENA V.

DICHA.—EL BARÓN DEL OLIVO.—ELISA.—EL CONDE.

BARON. Sí, sobrino mío, sí, yo soy, que olvidando en fin las quejas que entre nosotros han existido vengo á hacerte una visita de reconciliación y de amistad.

CONDE. Ah! querido tío! No sé cómo agradecerle...

MAR. Calla! O tengo telarañas en los ojos, ó esa joven es la señorita Elisa de Alvarado, mi hermana de leche.

ELISA. María? Tú aquí? por qué casualidad...

BARON. Cómo por qué casualidad? Acaso tú ignorabas... Te presento la esposa de mi sobrino.

ELISA. María, condesa.

MAR. Y no por eso menos llana que antes. (Abrazándola.) Y usted se ha casado también?

BARON. Va á hacerlo; mi pupila se casará en esta semana.

MAR. Con quién?

BARON. Conmigo.

MAR. Ah ya! con usted! (Y yo que le hubiera tomado por su abuelo!)

CONDE. Mi tío, el barón del Olivo! (Cortesía de María.) Con que se casa usted? Confieso no me esperaba ..

MAR. (A Elisa.) (Usted va á dar su mano á ese viejo? Vaya un gusto!)

BARON. No te lo esperabas, eh? Pst! Qué quieres! La vida de soltero ha acabado por fastidiarme; Elisa quedó huérfana, fuí nombrado su tutor, y... y mi buena suerte me ha hecho encontrar en ella uno de esos tesoros tan raros y preciosos; una mujer que une á la gracia y al talento una educación brillante, y principios á prueba de toda seducción. Natural era que me dejase encadenar á tantos atractivos.

CONDE. Y... Ella...

BARON. Ella me asegura á cada momento que me ama, que es feliz... Mañana tendrán lugar las amonestaciones.

MAR. Cuánto me he alegrado de verla á usted, al cabo de tanto tiempo!

ELISA. Qué, no me tuteas? No soy acaso tu hermana de leche? En tu pueblo no gastabas conmigo esas ceremonias, y sin embargo, no eras condesa todavía.

MAR. Sí, pero es que justamente no sé hablar desde que soy condesa.

BARON. Y bien sobrino mio, que tal te va con tu nuevo estado? Eres feliz?

CONDE. No soy por cierto desgraciado, querido tío. Suele haber de tarde en tarde algunos momentos de contrariedad, como nubes que oscurecen un sereno cielo, pero, á Dios gracias, esas nubes se disipan siempre muy presto.

MAR. Justo que sí! Y tampoco las habría si él no se emperrase en que yo hablara como una duquesa.

BARON. (Se emperrase!)

CONDE. (Ya empezamos!) Me indicó usted, tío, que tenía que hablarme de cierto asunto particular..

BARON. Sí, con efecto, esas señoras nos permitirán...

MAR. Pues no que no! Usté salga, entre... Como si estuviera en su casa, señor Olivo.

BARON. (Calle me llama señor Olivo.)

CONDE. (Toma el título por un apellido .. No haga usted caso.)

BARON. Te impacientarás por mi ausencia, Elisita?

ELISA. No estoy siempre sumisa á su voluntad?

BARON. (Al Conde.) Eh! Qué obediencia, qué dulzura!... Las ventajas de la educación, querido mío!...

CONDE. Tío, ha tenido usted suerte!

BARON. Hasta luego.

MAR. Vaya usted con Dios!

ESCENA VI.

MARIA.—ELISA.

MAR. Ahora que estamos solas, dime: qué idea has tenido de elegir un marido tan viejo!

ELISA. Por Dios, habla más bajo!

MAR. Y vamos, si siquiera fuese buen mozo... Pero mira que es más feo que Picio.

ELISA. Yo no soy dueña de mi voluntad. Me caso, porque así lo quiere mi familia.

MAR. Toma, pues no quieras tú.

ELISA. Sin duda te figuras que en la sociedad sucede lo mismo que en las aldeas; que basta amarse para decírselo, agradarse, para verificar la boda! Oh, no es así como la sociedad lo entiende. Nosotras somos sus esclavas, ella manda y debemos obedecer.

MAR. Que sí! A mí podían venir con esas andrónimas!

ELISA. Tú no comprendes eso, María.

MAR. No? Bueno. Pero lo que yo te digo es, que vale más hablar claro que hacerse infeliz para toda la vida. Y luego, el hombre que cree que una le ama... Si esto basta, es una picardía.

ELISA. Te digo que no comprendes... Y el Conde, te hace dichosa?

MAR. Mucho! Como le has oído antes; hay momentos en que solemos tener nuestras quisquillas... Pero luego nos hacemos amigos, y... las amistades... Je, je! Si vieras qué bueno es hacer las amistades!

ELISA. (Ay de mi!)

MAR Suspiras? Qué te sucede?

ELISA. Nada, nada.

ESCENA VII.

DICHOS y COLAS, apareciendo en la puerta del fondo vestido con capote de soldado, corbatín hasta las orejas y la gorra echada hácia tras. En seguida DON FELIX.

COLÁS. Anda por aquí doña Maruja?

MAR. Esa voz... Colás! (Corriendo hacia él.)

COLÁS. Marujilla! (Se dan las manos y hablan bajo y muy contentos de verse.)

FEL. (Saliendo) Héme de vuelta... Cielos!

ELISA. Don Felix!

FEL. Elisa. Usted aquí! Es un sueño que al fin la hallo después de tan larga ausencia?

ELISA. (Yéndose.) Don Felix... yo no puedo... yo no debo escucharle ya. Déjeme usted. Separémonos.

FEL. Pero una palabra, una tan solo! (La sigue, entrambos se van.)

MAR. Calle! Se conocían.

ESCENA VIII.

MARÍA.—COLÁS.

COLÁS. Sobre que me parece mentira que es ella!

MAR. Sí, hombre; soy yo, tu prima, que por más señas pensaba en tí hace poco, mostrenco.

COLÁS. Lléveme el diablo?... Usía pensaba en mí, señora condesa?

MAR. Quieres hacerme el favor de no llamarme así?

COLÁS. Toma! Es que ahora ese es el nombre de usía. Y luego como lleva usía todos esos rincorrangos y está usía tan emperegilada, no me atrevo á seguir llamándola Maruja á secas.

MAR. Pues yo quiero que me tutees como antes.

COLÁS. Bah! Señora condesa, usía quiere que yo te tutee?

MAR. Y algo más que eso; que me des un abrazo.

COLÁS. Un... Pus ya se ve que te lo daría de buena gana. Y juerte. Si yo me atreviera...

MAR. Vamos... anda, imbécil. Si yo te lo permito.

COLÁS. Je, je! De veras?

MAR. Anda!

COLÁS. Je, je! Sí que voy! A la una. (Se acercan y se abrazan de pronto con efusión.)

MAR. Ja, ja!

COLÁS. Maruja!

MAR. Aprieta, borrico.

COLAS. Válgame Dios! Qué bien sabe abrazar á una condesa! Si es como si uno comiera pan blanco. Oye. En qué consiste que tus manos son ahora más finas que en la aldea? Pues y los brazos. Si parecen de terciopelo. Sabes que me dan ganas de repetir.

MAR. Y quién te lo impide? Repite.

COLÁS. Je, je, je! Con que tú lo consientes!

MAR. Toma! Si á tí te gusta...

COLÁS. Es decir que puedo abrazarte un día entero si me da la gana!

MAR. Pero, dime, cómo es que has venido á Madrid?

COLÁS. No ves este saco?

MAR. Pues es verdad! Y que significa...

COLÁS. Que he sentao plaza.

MAR. Tú!

COLÁS. Yo mesmo. Qué demonio. Desde que te casaste, el lugar me parecía tan triste... Vamos, estaba fastidiao. Hasta que un día, me dije: quiero ser soldado, y como les he parecío un mozo de chapa, me han destinao á una compañía de fusileros. Mira, mira, no me va mal el uniforme, verdad! Y llevo corbatín.

MAR. Pobre Colás... En fin, si eso te agrada...

COLÁS. Si me agrada! Ahora vamos á marchar á Valencia! Dicen que allí hay unos naranjos!... Chica una tierra manífica. Pero yo no he querido marchar sin despedirme antes de tí.

MAR. Has hecho bien.

COLÁS. Caramba, qué vestido tan majo! Y qué es esto que te cuelga por junto á las orejas? Dime, prima, esta tela costará más cara que la saya de lana que te ponías allá los domingos, eh?

MAR. Sí, es más cara, y también incomoda más.

COLÁS. El hecho es que con esos pelendengues no hubieras podido venir como en otros tiempos á coger nidos. Te acuerdas? Aún me parece que te oigo cuando me gritabas: Colás! que me caigo, que me he cogido la saya en estas ramas!

MAR. Verdad, verdad! Te acuerdss también de los mojicones que te daba, porque te acercabas demasiado?

COLÁS. Y del puntapié que me distes un día que llevaba un cántaro de leche en la cabeza?

MAR. Y del mordisco que me tiraste en esta mano? Ay! cómo nos queríamos!

COLÁS Ay! cómo nos queríamos!

MAR. Lo mesmo que dos hermanos! Pues y cuándo bailábamos?

COLÁS. Con la vihuela, eh? Je, je! Cada vez que movía el pié, levantaba una polvareda...

MAR. Como hacías? Como hacías? Así?

COLAS. Ca! Tonta! Asina. Y luego me quedaba en actitud...(Lo hace.)

MAR. Hasta que yo cantaba aquella copla... (Canta)

Casarme quiero, madre,
que el tiempo pasa.

COLÁS. (Se pone á bailar acompañado con una especie de son que hace con los lábios; hablando.) Eso! Eso!

MAR. Ahora la mudanza? (Bailando los dos, canta.)

Y si no me apresuro...

COLÁS (Cantando.) Me quedaré para monja.

MAR. No hombre si eso no pega.

COLÁS. Ja, ja. Y ahora el abrazo!

MAR. Sí, sí, el...

ESCENA IX.

DICHOS.—BARÓN.—CONDE.

CONDE Qué veo!

BARON. Bravo! Delicioso!

COLÁS Uf! Nos han visto!

MAR. Ca, no tengas cuidado, si es mi marido.

CONDE. Me dirá usted, señora, quién es este hombre y qué hacía en este momento?

MAR. Qué hombre ni qué ocho cuartos? Es mi primo Colás. (Colás hace una cortesía ridícula.)

CONDE. Bien. Pero qué hacía? Sírvase usted...

MAR. Qué hacía? Vaya una pregunta! abrazarme!

CONDE. Señora!

BARON. No, pues la niña no es corta de genio.

CONDE. Y se atreve usted á confesar...

MAR. Calle! Y por qué he de ocultarlo? Por qué no le he de abrazar, si eso le gusta al pobre y á mí no me cuesta trabajo?

CONDE. Oh!

COLÁS. Pues dice bien. Si á los dos nos gusta...

CONDE. Silencio! Señora, esto pasa los límites de lo justo, y yo no sufriré...

MAR. Eh! Qué es lo que usted no sufrirá? Eh? Que mi primo me abrace? Quisiera yo ver con qué derecho trataba usted de impedirlo.

BARON. Jesús!

CONDE. Cómo, yo no tengo derecho?...

MAR. No señor, ninguno. No es verdad que no?

COLÁS. Justo, qué ha tener?

CONDE. No oye usted esto, tío?

BARON. Bien te lo anuncié. Tú lo has querido...

MAR. Demasiado buena soy, que por darle gusto he consentido en embutirme en este ropaje, y me aburro y me desespero con la gramática y la selfa, todas esas tonterías que me hace usted estudiar. Pero no hablar á mi primo!... Olvidar mi aldea, mis amigos de otros tiempos... Eso no, aunque regañe, aunque grite, aunque rabie! Aunque se ajunte el cielo con la tierra!

COLÁS. Cabal. Aunque se ajunte el cielo con la tierra! jum! jum!

CONDE. Oh! Esto ya es demasiado. Retírese usted á su cuarto, señora: y tú, vete, vete al instante, ó de lo contrario...

MAR. Colás, quédate aquí.

COLÁS. Aquí me quedo!

BARON. Esto es escandaloso!

CONDE. No me han entendido ustedes?

MAR. Sí señor. Pero usted es un injusto, un despóta!

COLÁS. Ajá un despóta!

MAR. Usted es un... yo no sé qué...

COLÁS. Ni yo.

MAR. Y me rebelo.

COLÁS. Eso, eso, rebélate!

MAR. Nos rebelamos.

COLÁS. Sí señor, nos rebelamos. Así, juerte.

CONDE. Pues bien, señora. Yo le declaro á usted que esta existencia me fatiga, me abruma. Yo no la he sacado á usted de su lugar, de su miserable lugar...

COLAS. Cómo se entiende! Un pueblo que tiene siete calles y dos campanarios!

MAR. Sosiégate.

CONDE. Repito que yo no la he sacado á usted de allí,

que yo no la he hecho á usted condesa de Almagro para ver todos los días en mi casa alcornoques de ese jaez!

MAR. Oye, eso de alcornoque lo dice por tí?

COLAS. Pues ya se ve!

CONDE. Usted se debe al mundo, á su esposo, á si misma, y si mi honor, si su propia reputación, si nada triunfa en usted de sus antiguos hábitos, yo sabré por todos los medios posibles preservar de ridículo un nombre que usted no es digna de llevar.

MAR. Y yo le he pedido á usted su nombre acaso? No tengo yo el mío? No me llamo Maruja?

BARON. (Maruja.)

MAR. Yo me casé con usted porque .. porque le amaba, porque me parecía usted guapo, amable, bueno, pero no por su nombre. No hay duda, que como es tan bonito... De Almagro... Que significa eso?

COLÁS. Nada. Maldita de Dios la cosa!

CONDE. Y tengo aún sufrimiento para oir...

BARON. Señora .. usted se propasa.

MAR. Señor Olivo, á usted no le dan vela para este entierro, estamos?

BARON. Y tú pudiste hacer á esta mujer condesa?

MAR. Yo no lo solicité, estamos? y por lo demás, como yo misma sé que á mí no pegan estos arrumacos, ahora mismo voy á mandarme hacer una saya y unos zapatos á mi gusto, y desde hoy hablaré como más me cuadre.

CONDE. María!

MAR. Jursu. (Vase.)

CONDE. Pero escucha. (Colás va á seguirla disimuladamente. El Conde le vé.) A dónde vas? (Colás echa á correr como un gamo por la puerta del foro.) Ah! querido tío!

ESCENA X.

EL CONDE.—EL BARON.

BARON. No te lo digo? Anda! Componte ahora como puedas. Bien empleado te está.

CONDE. Pero tío, yo la amaba con delirio! Podia acaso creer que esa joven tan buena, tan leal, que esa joven que sin conocerme me prodigó tan tiernos cuidados, y me volvió por decirlo así, á la vida... podia yo creer, repito, que su alma carecería de nobleza, su corazon de virtud, su entendimiento, en fin, de razon?

BARON. El entendimiento no se desarrolla, ni el corazón se engrandece, ni el alma se eleva, sino cuando el estudio y la instrucción desenvuelven en nosotros el gérmen de la virtud. Sin educación, sobrino mío, no hay nobles sentimientos! Mira lo que á mí me sucede. He elegido una mujer mucho más joven que yo, que va á darme la mano casi sin conocerme, y por consiguiente sin profesarme lo que se llama amor. Pues bien, sin embargo, soy dichoso, me siento tranquilo y... todo por qué? Porque he elegido una persona instruída, bien educada, porque ...

CONDE. Ah, tío mío! Desgraciadamente yo no desconozco las ventajas de una buena educación: pero la virtud, como los vicios, se encuentran de igual modo en todas las clases.

BARON. Tú no sabes lo que te pescas.

CONDE. Entonces, á qué hablar tanto del candor y de la inocencia que reina en las aldeas?

BARON. Toma. Hablan de eso como de todas las cosas que no se conocen.

CONDE. Oh! querido tío, ayúdeme usted con sus consejos. Quién sabe si puede haber algo que mitigue la amargura de mi situación?

BARON. Me pides consejos?

CONDE. Sí, sí, veamos.

BARON. Pues... hoy no tengo ninguno que darte; si mañana ú otre día se me ocurren...

CONDE. Pero al menos...

BARON. Yo me lavo las manos, sobrino. Yo no puedo evitar lo que ya no tiene remedio. (Se va.)

CONDE. Tío!

ESCENA XI.

EL CONDE, solo.

Es verdad, el mal es irremediable, y la culpa mía, pues no escuché los avisos de la amistad y de la experiencia. Pero lo que me indigna sobre todo, lo que me enfurece contra mí propio, es que...es que soy tan miserable, que amo aún á María! Que la amo, y que este sentimiento domina mi razón y mi voluntad Oh! Bien dice mi tío... La educación... Ahora yo tendría una mujer tan juiciosa, tan severa como la suya y... Eh! Que veo? No es ella? Sí. Elisa es... Calle! Habla con Gustavo y vuelve á cada momento la cabeza como si temiera que la viesen. Ahora se dirige hacia aquí... y la sigue inquieto y turbado. Qué diantres será esto? Ellos son. Ah!
(Se oculta detrás del espejo de cuerpo entero.)

ESCENA XII.

EL CONDE, oculto.—DON FELIX.—ELISA.

ELISA. Don Felix, aléjese usted; si le viesen...

FEL. No me alejaré sin que me escuche usted antes.

ELISA. Pero hable usted bajo, por Dios. Si el Baron le sorprendiera...

FEL. Y qué me importa? No me había usted jurado amarme siempre, cuando por obedecer á su familia formó esos lazos que deben separarnos de una manera irrevocable? Elisa: esa unión no puede llevarse á cabo y pues al fin la encuentro á usted, no cederé los derechos que mi amor y sus juramentos de usted me conceden.

ELISA. Cómo!

FEL. Digo, Elisa, que si mis súplicas, si mis lágrimas, si mi desesperación no la conmueven á usted... Oh! Yo entonces buscaré á ese hombre que me roba mi felicidad...

ELISA. Cielos!

FEL. Y le mataré.

CONDE. (A mi pobre tio!)

ELISA. Don Félix, escúcheme usted. El mundo, la sociedad nos impone muy penosos deberes. Qué quiere usted? Yo le amaba, lo confieso. Quién sabe si le amo todavia! Pero... mi familia.. El Baron, que está consentido en ser mi esposo... Apesar de que nunca podré amarle, de que me es antipático.

FEL. Y va usted á unirse á él!

CONDE. (Que tal?)

ELISA. Ah! Félix, qué desgraciados somos!

FEL. (Besándola la mano.) Elisa mia! (El Conde se vá sin ser visto.)

ESCENA XIII.

DICHOS.—MARÍA, que se pone en medio de los dos y les separa.

MAR. No gasten ustedes cumplimientos.

FEL. Y ELI. Ah!

ELISA. Estoy perdida!

MAR. Perdida? Pues á mí se me figura que él te tenia bien asegurada. (Mirándolos.) Qué diantre! Vamos, este al menos es mejor que el señor Olivo! Oye, el señor es tu primo tambien?

FEL. En nombre del cielo, señora, por la amistad que profesa usted á Elisa, no diga usted por Dios una palabra de esto delante del Barón.

MAR. Calle! Tienes miedo de que lo sepa tu futuro? Bah! Yo no ando con esos misterios. Quiero á Colás, porque Colás es un buen muchacho, y lo abrazo porque es mi primo, y entre parientes no hay cosa más natural. Esto le disgusta á mi marido! Tanto peor para él! A mí no se me importa un comino.

ELISA. Porque tú no tienes nada de que reconvenirte; porque tú no amas á otro; porque tú, en fin, no eres culpable.

MAR. Culpable! Tú serías culpable por no amar al señor Olivo? Oh! Es que como yo estuviera en tu lugar, le diria muy clarito: señor Olivo, yo

no le quiero á usted, usted es feo y viejo. La culpa es de usted; busque usted otra novia.

ELISA. Oigo ruido. Si fuese él... Ah! retírese usted, Felix.

MAR. No, al contrario. Que lo vea.

ELISA. Retírese usted.

FEL. Bien, pero...

ELISA. Ya que se empeña... Por aquí (Lo conduce por la puerta del fondo.) Adiós! (Se va por la derecha.)

FEL. Volveré. (Vase.)

MAR. Toma! Por supuesto!

ESCENA XIV.

MARIA.—COLÁS.

COLÁS. Burr¡ (Muy enfadado.) No, por el nombre que llevo! No se quedará así la cosa.

MAR. (Siguiéndole.) Calle¡ Eres tú? Qué mosca te ha picado?

COLÁS. (Paseándose agitado.) Aonde está tu marido?

MAR. (Siguiéndole.) Para qué lo quieres?

COLÁS. Me he acordado que soy melitar, estamos? Y como un melitar debe matar á sus enemigos, quiero comenzar por tu esposo.

MAR. Colás, no seas jumento.

COLÁS. Lo dicho. Quiero atravesarle con el sable. Lo quiero trinchar, caramba!

MAR. Si no tienes sable, zopenco.

COLÁS. Pues lo voy á hacer una tortilla á puñetazos¡ Yo me he é vengar, aunque él sea más conde que el mesmo conde é Cabra.

CONDE. Venga usted, tío! Sígame usted.

COLÁS. Cátale aquí. Ahora llegó la mía

MAR. Quieto ahí, Colás.

COLÁS. Es que nos batiremos.

MAR. Te lo prohibo.

COLAS. Y le mataré.

MAR. Y yo te daré de mogicones.

COLÁS. Qne no, digo.

MAR. Que sí.

COLAS. Que no.

MAR. Que sí.
COLAS. Que no.
MAR. Toma (Le sacude un bofetón.)
COLAS. Ay!

ESCENA XV.

DICHOS.—EL BARÓN y el CONDE aparecen en el momento en que Colás recibe el bofetón.

CONDE. Cielos!
BARON. Já, já, já! Me has hecho venir para verlos juntos de nuevo!
CONDE. Oh! Esto es horrible! Esto no tiene nombre! Todavía con ese palurdo!
COLAS. Jum! Cuenta que estoy rabioso, y que voy á romper cuanto se me ponga por delante!
CONDE. Miserable!
MAR. Señor esposo!
COLAS. Yo miserable? Yo palurdo? Voto á sanes.., Le voy á hacer gigote! Sí. Yo. Colás! Yo no huyo á naide mi cara, está usted? Soy melitar y quiero empezar carrera por usted. Por cortarle el pescuezo!
BARON. Esto solo faltaba!
COLAS. Y á usted tambien, tío gordo.
BARON. Cáspita!
CONDE. Esto es un sueño. Este es el demonio que se desencadena contra mí!
MAR. Primo, tú eres muy bestia.
COLÁS. No me insultes, Maruja, que estoy echando fuego.
COLÁS. Vive el cielo que si me dejase llevar de mi cólera...
BARON. La educación, sobrino la edu...
CONDE. Eh? déjeme usted en paz. No hay duda que puede usted vanagloriase... Ahora nos toca á los dos, señor mío.
COLÁS. Si: á los dos.
MAR. No, á los tres. Y desde luego, señor mío, si habla usted una palabra más, si tiene usted la

torpeza de añadir otra barbaridad á las que lleva ya hechas, no solo aborreceré á usted, sino que le pondré de patitas en la calle, y no me volverá á ver en su vida.

COLÁS. Pero caramba...

MAR. Chito!

COLÁS. A mi me han insultado.

MAR. Chito!

COLÁS. También es juerte cosa que uno se ha de tragar...

MAR. Y usted, señor marido, si no pide perdón á mi primo, si mi franqueza le dá á usted celos: si es preciso para agradarle á usted ser vanagloriosa, hipócrita y disimulada, prometo desde mañana obedecerle. Mi primo se irá. Yo me pondré cada día mejor vestida, y le obedeceré á usted como un chico de la escuela. Pero en cambio le ocultaré todos mis pensamientos, le mentiré, le engañaré, y cuando usted no esté delante, haré como Elisa, mi hermana de leche: y...

BARON. Eh? Que dice de Elisa?

MAR Adiós! La descubrí!

COLÁS. Déjela usted continuar. María, prosigue.

MAR El qué? Ya lo he dicho todo; lo único que tengo que añadir, es que mañana, mi primo Colás, parte con su regimiento, que ha venido á despedirse de mí, y que he tenido el placer de abrazarle. . como lo tendré de igual modo si algún día volvemos á vernos.

COLÁS. Y yo añado...

MAR. Y él añade que es un animal, que te ha faltado al respeto, y que se arrepiente. Eh?

COLAS. Convengo.

MAR. Y yo que te quiero, que en nada soy capaz de ofenderte, le doy el abrazo de despedida delante de tí.

COLAS. (Lloriqueando.) Maruja...

CONDE. María! Buen Colás!

BARON. Poco á poco. Todo eso estará muy bueno; pero yo no puedo consentir que tu mujer tome en boca á Elisa, cuando...

MAR. Cuando qué?

BARON. Cuando su educación la pone al abrigo...

CONDE. Sí! Mire usted! Esta carta fué escrita por Elisa hace seis meses. La persona á quien amaba, á quien ama aún, me la ha entregado en ese corredor autorizándome para descubrirlo todo.

BARON Qué veo!

MAR. Y yo los he visto aquí, juntitos, solitos mientras usted se mamaba el dedo y creía en su docilidad y en su ciega obediencia.

BARON. Me engañaban! Oh! Furor! Oh! Y quien es ese hombre inícuo... Quién había de creerlo! Tan sumisa! Tan bien educada!

CONDE. Tío, lo que dije antes: no hay que fiar...

BARON. Déjame! estoy hecho una sierpe!

CONDE. Pero esos jóvenes se casarán. Qué quiere usted hacer?

COLÁS. Oye, y yo, qué hago.

MAR. Tú? comer hoy con nosotros y marcharte mañana.

CONDE. Con un bolsillo bien repleto, que le regalo para su viaje.

COLÁS. Ah! Señor Conde. Usté es un... Me ha esternecio, prima.

MAR. Lo creo.

COLÁS. Una duda se me ocurre.
Acércate, ven acá.
Habrá gustado la pieza?

MAR. El público lo dirá.

FIN.

4a